VETERANOS

DE CORAZÓN

DANIEL

—Tío, ¿recuerdas cuando éramos novatos? ¿Teníamos la misma cara de miedo que los de este año?

Sonrío de medio lado mientras sacudo la cabeza.

—*Nah,* yo creo que no. Bueno, Kike quizá sí.

—Por eso es tan blando con los nuevos.

—Supongo que tiene sentido.

—¿Te acuerdas cuando le ordenaron que fuese junto a todas las novatas y les dijera que se había enamorado de ellas?

No puedo evitarlo: suelto una carcajada y dejo por un segundo la serie que estoy haciendo. El calor en el gimnasio es insoportable, creo que se ha vuelto a estropear el aire acondicionado de esta planta. Carraspeo antes de sacudir la cabeza:

—Lo peor es que, aunque le daba muchísimo palo, al final lo hizo tan bien que la mitad se lo creyeron.

—Estuvo todo el primer año teniendo que dar explicaciones. Rompió dos parejas. Fue brutal.

Sam me rodea para ir a apoyarse contra la bici estática, que debe de ser con diferencia el aparato menos utilizado de esta cutrez de gimnasio. Una vez alguien se subió y crujió tanto que nadie se ha atrevido a volver a hacerlo.

En realidad, yo mientras tenga un buen puñado de mancuernas me apaño. Nunca he sido mucho de cardio.

Al menos no del cardio que se puede hacer en público.

—Entonces, ¿les vas a dar mucha caña esta noche?

Alzo la mirada sabiendo que me lo voy a encontrar sonriendo. Sam siempre está cómodo en cualquier situación; fue lo que nos unió desde el primer día. Le gusta tomarse la vida a broma. Mientras que otros se amedrentaron y trataron de respetar al máximo a nuestros veteranos, nosotros nos hicimos sus colegas. Éramos los favoritos. Por un lado me junté Kike y Blanca, pero Sam siempre estuvo por encima de todo y de todos. Era alguien que me entendía y con el que me lo pasaba guay incluso estando en silencio.

Ahora, tras más de tres años en este sitio, puedo decir que es de mis mejores colegas sin miedo a equivocarme.

Cambio de mancuerna a otra más pesada mientras finjo que medito su pregunta.

—Es mejor así. Que nos cojan miedo y que luego no sea para tanto. El año pasado nos relajamos y mira lo que pasó.

Es su turno de reírse, y no es para menos. Lo del año pasado fue un despropósito a tal nivel que a dos semanas de empezar las

novatadas, se nos habían subido tanto a la chepa que tuvimos que hacer una reunión de emergencia para encauzarlas.

No sirve de nada hacer novatadas si no se respetan las normas. Y supongo que el hecho de que fuera nuestro primer año de veteranos jugó en nuestra contra, porque además coincidió que se largaron muchos veteranos más experimentados. Los «principiantes» nos quedamos prácticamente solos, y ya se sabe: ser jefe es todo un trabajo en sí mismo.

En los colegios mayores, el primer año eres novato; el segundo, no eres nada. Es a partir del tercero cuando ganas el poder, y se hace a propósito para que se te baje un poco la sed de sangre que te generan tus propias novatadas. A nosotros se nos bajó demasiado.

Este año no va a ser así. Empezaremos fuerte y luego iremos relajando. Fue lo que hicieron con nosotros, y me regaló los mejores meses de mi vida. Los recuerdo con tanta nostalgia que parezco un maldito viejo rememorando tiempos mejores.

—Será duro, pero nos lo agradecerán —afirmo, y de pocas cosas he estado más seguro—. Además, Blanca está deseando acojonarles. No podría hacerme el blando ni aunque quisiera.

Sam se ríe.

—Te tiene bien cogido por los huevos, ¿eh?

Me tenso. No me han gustado nada sus palabras. Sin embargo, no se me ocurriría decírselo tal cual, así que me levanto y estiro la espalda para mirarle por encima del hombro:

—En realidad, eso es lo que quiero que piense. Pero los dos sabemos quién tiene el control desde el principio. —Hago que suene a broma, pero de esas que tienen regusto a verdad.

Me he dado cuenta de que, últimamente, Sam hace este tipo de coñas más a menudo que antes. Como si, tras un par de años de relación con Blanca, yo hubiera cambiado.

Nada más lejos de la realidad. De hecho, la mayor parte de las discusiones con ella son precisamente por eso: porque no cambio, y Blanca pretende que lo haga.

Casi siempre pasa lo mismo: yo hago algo que no le gusta, ella viene a mi cuarto y me chilla. Yo le advierto que no tolero

que me griten y ella baja un poco el tono y se pone a llorar. Y entonces yo me siento como una puta mierda y le prometo lo que sea con tal de que no llore.

Lo último que quiero es verla pasarlo mal, y menos por mi culpa. Me importa demasiado, es… Siempre ha sido alguien muy importante para mí.

En general, vamos tirando más o menos bien con esta dinámica. No sé, entiendo que tener novia es así, muchas veces no se está de acuerdo en algo y se discute y punto. No es tan raro.

Pero el caso es que últimamente discutimos cada vez más, porque tarda cada vez menos en volver a tener alguna maldita queja.

Joder, ni siquiera me da tiempo a cambiar nada entre bronca y bronca, y aunque se lo diga, no me cree. No le vale.

Nada de lo que le digo le vale.

Y estoy cansado, joder.

Sin embargo, no dejo que nada de eso salga a la luz delante de Sam. Necesito que siga siendo mi colega de siempre, que estos momentos no cambien, que podamos simplemente hacer coñas y no hablar de nada y estar bien.

Así cuando se ríe, le guiño el ojo y le estampo una mancuerna de dos kilos en el pecho.

—Venga, nenita, haz algo o esos bracitos se van a quedar así para siempre.

Y la nube que había encima de nuestras cabezas se desvanece por completo, permitiendo que vuelva a respirar.

SAM

Al día siguiente…

Me flipan estos momentos, sobre todo en época de novatadas, porque son tan escasos que redoblan su valor.

Daniel se recuesta en su butacón, con los brazos cruzados y la cabeza echada ligeramente hacia atrás y los ojos clavados en la pantalla de su ordenador, mientras yo la observo también, pero desde su cama. Siempre me putea con que soy demasiado largo para la butaca, aunque sé que es porque no quiere que parezca que es un tío majo que me cede su colchón. Este chaval siempre esconde sus buenas acciones con coñas o ceños fruncidos, y me hace muchísima gracia.

No ha sido una noche especialmente tranquila, porque siempre hay peña que te llama a la puerta para preguntar algo, o que se quiere acoplar, o te da la turra con alguna movida, pero parece que ya nos hemos librado de ellos.

Llevamos cerca de una hora en silencio, y creo que ninguno de los dos sabe del todo bien qué se está reproduciendo ahora en el navegador, pero eso es lo que mola: estar entre colegas, pero, a la vez, tener tiempo para ti, para tus movidas, para pensar… Yo qué sé. Es genial.

—Ayer fue la hostia —le digo, entrelazando las manos sobre el estómago y bostezando—. Me caen bien estos novatos. Algunos mejor que otros, pero en general parecen buena gente.

—Sí… Son mejores que los del año pasado.

La realidad es que la mayoría de los novatos del año pasado, por el motivo que sea, no se han quedado este año. Supongo que fue una mezcla entre las novatadas de mierda y los veteranos de mierda que fuimos. Me siento un poco culpable a veces. Énfasis en «un poco» y en «a veces». En el fondo, son cosas que pasan. Te esfuerzas y, a menudo, no sale todo como esperabas. Ley de vida.

—La novata esta morena… la de la coleta. La retaca. Es guapa, ¿eh?

No les hubiera dado ninguna importancia a mis propias palabras si Daniel no se hubiera tensado de repente en la silla. Se gira para mirarme por primera vez desde que hemos subido del comedor.

—¿Carolina? Supongo que sí… No me he fijado mucho.

—Venga, tío, no mientas —le pico, dándole un golpecito con el pie en el torso—. Si le has dicho que era tu novata favorita. ¿Lo sabe Blanca?

—Blanca y yo lo hemos dejado.

Me callo. Las ganas de reírme se me pasan de golpe. Aunque la noticia no es tan sorprendente. A finales del curso pasado lo dejaron varias veces, y siempre terminaban volviendo. Puede no sea nada, pero aún así… Supongo que es mejor no tentar a la suerte y no presionar más.

—Lo siento, tío.

Se encoge de hombros, y hay algo que se relaja en sus ojos. Sé que Daniel jamás se enfadaría conmigo, al menos no de verdad, pero aún así acojona un poco cuando te mira así.

—Ley de vida. Y a la novata le dije eso por picarla. Y lo conseguí.

Sonríe con satisfacción, y entonces los ojos le brillan, pero de otra manera. Con desafío.

No es raro en él: le mola más un reto que a un tonto un lápiz.

Sonrío de nuevo. Supongo que es bueno que se pique con algo, sobre todo porque es mejor un Daniel picado que uno cabreado de verdad. Cabreado se aísla y no habla con nadie, y es un coñazo de tío. La primera vez que lo dejó con Blanca fue así: nos enteramos por ella, porque él simplemente desapareció. Pensábamos que se había largado del colegio mayor antes de tiempo y que el cabrón no nos había dicho nada.

La tal Carolina parece ser un buen tema de conversación, así que continúo:

—Pues esa tía tiene una mala hostia…

—Se le bajarán los humos rápido. Al menos, conmigo.

—Tiene unos ojazos… ¿Sabes lo que te digo? Que no me importaría que me bajara los humos a mí. Yo si quiere, bajo a donde haga falt…

—Ni lo pienses —me corta Daniel.

Parpadeo varias veces, y tardo un poco en volver a hablar. No me esperaba esa reacción.

—¿Y eso por qué, campeón?

Entonces sacude la cabeza y chasquea la lengua, y el ambiente se relaja un poco, lo cual me hace darme cuenta de que se había enrarecido.

—Porque no pegáis ni con cola. Tú necesitas otro tipo de tía. Una más de tu estilo.

«¿Y tú qué sabes sobre cuál es mi estilo?», pienso, pero me limito a alzar una ceja, que creo que viene a decir más o menos lo mismo.

—Lo que tú digas, Danielito.

—Sam… —me advierte, porque *odia* que le llame así—. Además hazme caso: tener novia es lo peor. Solo trae problemas.

Me callo que, en mi opinión, lo único que trae problemas es estar con una tía de la que claramente no estás enamorado, porque me arriesgo a una hostia. Aunque no sería la primera vez que se lo digo. Si no fuera capaz de soltarle un par de verdades de vez en cuando, no lo podría considerar uno de mis mejores colegas.

Pero acaba de dejarlo de nuevo con Blanca… No es el momento de repetirle algo que le pueda joder. Más que nada porque, visto lo visto, mañana podría volver con ella y el que quedaría de cabrón sería yo. Y paso.

Así que cierro el pico y, de manera natural, los dos devolvemos la atención a la pantalla y a lo que sea que esté reproduciendo.

En mi mente, desde luego, se está desarrollando otra escena. Una en la que me acerco a la tal Carolina y le pido, por favor, que me baje los humos. Y que me pise la cara, de paso.

Porque por mucho que diga Daniel, ese *siempre* ha sido mi tipo de tía.

© Del texto: Cristina Prieto Solano, 2025
Autora representada por IMC Agencia Literaria
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2025
C/ Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.fandombooks.es
Ilustraciones: Sara Lozoya

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.